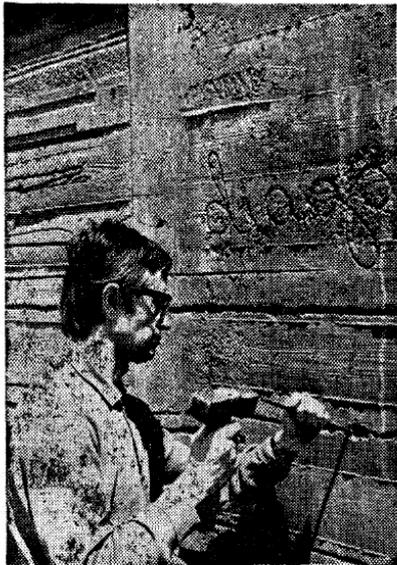
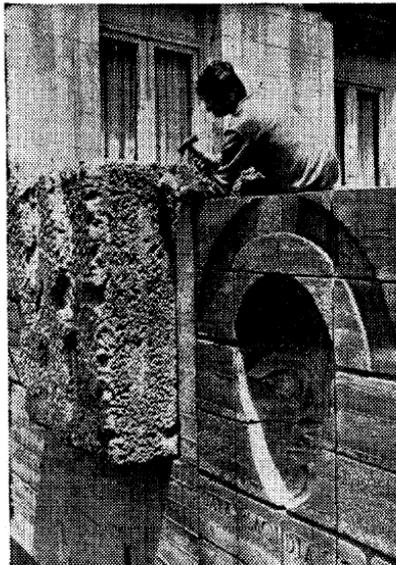


EVOCACION E HISTORIA BARCELONESA, EN UN FRISO DE CERCA DE CINCUENTA METROS

Lo ha realizado José María Subirachs para el nuevo edificio del Ayuntamiento. -- Para ello ha empleado el hormigón armado con árido de piedra de basalto



José María Subirachs, embebido en su trabajo, da los últimos toques a su obra



Saber ennoblecir materiales pobres, es una de las características de Subirachs. El artista, trabaja en el bloque que significa, precisamente, a la Materia

El nuevo edificio del Ayuntamiento barcelonés, que en estos últimos años ha despertado vivas controversias —más que por el estilo moderno, por su enclavamiento dentro del circuito romano—, irá siempre unido al nombre de uno de nuestros más insignes escultores contemporáneos, José María Subirachs, quien, después de haber esculpido, en una aleación metálica, el escudo de Barcelona en sus diferentes variantes —único motivo ornamental de la impresionante fachada— acaba ahora de dar cima a un extraordinario friso, en cuya obra está compendiada buena parte de la historia de la Ciudad Condal.

Pocas veces un artista habrá podido ejecutar una obra de tanta magnitud como ésta que ha realizado José María Subirachs. Extraordinaria por su volumen y revolucionaria por el material empleado, ya que constituye una nueva concepción de las artes plásticas.

Desde hace unas semanas, los barceloneses que transitan por aquel rincón ciudadano, todavía recoleto, han podido apreciar cómo eran colocados, unos grandes y pesados paneles, de color negrozco, que vienen a formar la barandilla del futuro patio de los naranjos que une a los tres edificios municipales. Una vez colocados todos los bloques, también han podido contemplar los barceloneses cómo un hombre, todo nervio, martillo en mano, daba los últimos retoques a la colosal obra. Era el propio escultor Subirachs, que, compenetrado con su creación, ha trabajado horas y horas, perfeccionándola aún más si cabe. Esta magnífica realización no ha sido descubierta todavía por la mayoría de los barceloneses, pero indudablemente causará extraordinaria admiración.

Estos días constituía un verdadero espectáculo contemplar a Subirachs trabajando con su escarpa y martillo. ¡Cuántas y cuántas horas se ha pasado subido a los andamios o montado sobre los mismos bloques! Muchas veces, desde una ventana cercana al enorme edificio, me detenía a admirar al gran escultor. Posiblemente esta obra, junto con la recientemente inaugurada en Méjico, sea la más importante que ha realizado y que encuadra en una moderna visión la mayor parte de nuestra historia.

CUARENTA Y SEIS METROS DE FRISO

El maravilloso friso de José María Subirachs tiene una longitud de cuarenta y seis metros por 2,60 de altura, y el material empleado es hormigón

armado, con árido de piedra de basalto, que le da —como podrá comprobarse— una extraordinaria calidad.

El artista ha querido recoger, en las ocho partes en que está dividido el mismo, lo más relevante de la historia de Barcelona. Comienza con una representación de la teoría aristotélica de la Forma y la Materia. En la primera, el escultor escogió el esquema geométrico en que está fundamentada toda la composición del friso, y en la Materia contemplamos un bloque de hormigón en bruto —cemento y basalto—, materia en que está realizada la obra.

A continuación viene la figura de Gal·la Placidia —la cara y el pecho en vaciado— que simboliza a la vez la Barcelona romana y visigoda y que recuerda —me decía Subirachs, mientras trabajaba en ella— un momento histórico de transición, muy parecido al actual. Gal·la Placidia estuvo casada con Ataulfo y tuvo un hijo en Barcelona. Podríamos decir que constituye un símbolo de la actividad política.

En uno de los ángulos aparecen las Tablas de la Ley, que representan la influencia que han dejado en nosotros los pueblos semitas. La primera, con los tres mandamientos dedicados a Dios y que sirven de modelo (en un juego de positivos y negativos) para marcar la segunda tabla, con los mandamientos dedicados al prójimo. También es un símbolo de la actividad jurídica y ética. Sigue otro panel, con un recuerdo del período condal con el origen de la lengua catalana y las armas de la ciudad, simbolizado todo ello por la huella de una mano que ha marcado las barras y la cruz de nuestro escudo.

A continuación, Subirachs ha querido evocar al arcángel san Miguel —por reasar la fachada a la plaza y en recuerdo del antiguo emplazamiento del templo dedicado a este arcángel— y, a la vez, en conjunción con la fachada gótica del Ayuntamiento, donde está representado el arcángel Rafael, quienes custodian nuestra urbe. Inmediatamente aparece la cruz de santa Eulalia, como símbolo de la Barcelona cristiana.

AYER Y HOY DE BARCELONA

Y, ya en plena plaza, surge el friso principal, en una composición formada por el módulo circular. Típico de todo friso, donde se puede leer en las piezas siguientes el nombre de Barcelona (si bien hay que saber descubrirlo) y en segundo plano un medallón con una alfa y una omega, con los años 1966, fecha en que comenzó el proyecto, y

1969, en que finalizó la obra. Siguen los primeros versos de la «Oda a Barcelona», de mosén Cinto Verdaguier, en recuerdo de las Letras catalanas: un «cruceta» —moneda acuñada en nuestra ciudad— simbolizando al Comercio, y la típica rueda dentada representando la Industria; una figura femenina encarnando las artes plásticas y un medallón donde se reproduce un diagrama de Ramón Llull, como personificación de la Ciencia y la Filosofía.

Dentro del bellissimo conjunto aparece un círculo graduado, que es la esfera de un reloj monumental, símbolo solar, rodeado por las cuatro fases de la Luna.

—El corte vertical del gran círculo —me explicaba Subirachs— significa el «presente» que divide el pasado del futuro. Esta imagen significativa del tiempo —añade— se encadena con el tema final: el espacio.

Posiblemente uno de los paneles más significativos sea el último, donde la materialización de Barcelona en el espacio es una visión planimétrica de las tres zonas más características de la ciudad: el Ensanche, el casco antiguo y el puerto formando un triptico y, estilizado, en forma simétrica, como eje, el «Mons Taber». En la parte del Ensanche, fácilmente pueden reconocerse sus principales vías: la Diagonal, la Gran Vía y el Paseo de Gracia, así como sus más singulares edificios, como son la Pedrera y la Universidad.

En cuanto al casco antiguo, pueden verse reflejados los diferentes cinturones de las antiguas murallas: la del siglo IV, la del XIII y la del XVIII. Por lo que se refiere al puerto, se perfila claramente el arranque de Montjuich, el primer muelle —posiblemente del siglo XIV— y el Paseo de la Escolera, que, cosa curiosa, forma una diagonal en positivo opuesto al negativo de la Diagonal. Y, finalmente, una aguja marca el Norte para situar correctamente esta representación estilizada de la ciudad y simboliza —todo el friso es un continuo símbolo— las ataduras ideológicas con Europa, que es un —de las características de Barcelona en relación con las otras capitales de la península.

He aquí compendiada toda la significación histórica de este fabuloso friso. Si bien es una delicia seguir las explicaciones del gran escultor —por el fervor de su palabra ilusionada— estas líneas pueden servir, en cierto modo, de orientación a aquellos que aún no han contemplado esta obra de arte que ha entrado a formar parte de la historia de Barcelona.

José TARIN-IGLESIAS